



UN PATIO EN LA MEMORIA

Gaspar Cuesta Estévez

Cuando aquel domingo sonó el teléfono a las siete de la mañana, no necesité mucho tiempo para adivinar el contenido de la llamada. Tras colgar el teléfono me senté en un sillón, ligeramente desconcertado. Siempre había pensado que en esa situación el mundo se abriría a mis pies y un dolor agudo me atravesaría las entrañas de parte a parte, pero me sorprendí a mí mismo mirándome los pies desnudos sobre las losetas y pensando por qué no tenía frío.

Me levanté mecánicamente y me acerqué al armario. Mientras me vestía intenté pensar de nuevo en las consecuencias de la noticia, pero me perdí intentando elegir los calcetines adecuados.

Hasta que no llegué a las inmediaciones de la estación de autobuses no empecé a sentir una especie de bocado en el estómago y una indefinible sensación de angustia. Una vez dentro del autobús tuve la sensación de pensar que todo había sido una pesadilla, un mal sueño del que todavía no había despertado, pero al salir de la estación, un agudo sol de invierno, todavía a ras de las antenas, me recordó que el mundo no se detiene, que nada había cambiado para el resto de la gente: el mismo tráfico adormecido de cualquier otra mañana de domingo, los mismos árboles alineados sobre las aceras de siempre, anónimas caras tan indiferentes como cada día...

No me parecía razonable que nada hubiese cambiado en el rostro de la ciudad, que nadie me dirigiese una mirada de conmiseración... Pensé entonces que quizá otros días, cuando yo caminaba por las calles con la misma expresión deshumanizada, había gente a mi alrededor con ganas de gritar sus sentimientos, de rebelarse contra la rutina cotidiana.

La ciudad se iba quedando atrás con sus últimas fábricas pestilentes y, a duras penas, se abría paso el campo verdeado por las últimas lluvias. Mi abuela había vivido siempre por y para el campo. No había podido ni querido vivir otra vida, y la había vivido con una pasión tan vitalista como fatalista.

“...Ay, hijo mío, la del campo es una vida mu sacrificá. Hay que estar a lo que Dios le eche a una. Si quiere sequía, a aguantarse y a ver cómo se mueren las bestias; si quiere agua a espueñas, a trabajar con el barro hasta las trancas.”

Pero siempre a trabajar, sin domingos ni días de fiesta, a trabajar y a sufrir, y no como ahora, que la gente joven no quiere sufrir, sino divertirse... Claro que, si pueden, ¿por qué no? Yo, como no he tenido nunca tiempo pa divertirme... Ni pa divertirme ni pa aburrirme, porque yo no podía ver a mi padre con algo en la mano sin quitárselo y hacerlo yo. ¡Lo que fuera, daba igual! Y si no, cuando las matanzas, eso sí que era trabajar, o cuando las castras.

Fíjate que, cuando las castras, con quién únicamente podía contar mi padre era conmigo; mis hermanos no podían ni acercarse a las colmenas porque salían esmorecios vivos, tos llenitos de picotazos. Pero ni a mi padre ni a mí se nos acercaban las abejas, ¿has visto tú? Aquello sí que era un misterio. Hasta estando yo casá mandaba mi padre a buscarme cuando las castras. Me acuerdo yo..., hay que ver, que me acuerdo yo como si fuera ayer mismamente, me acuerdo yo del viaje tan malo aquella vez que estaba yo preñá de mi primera hija... En mula me llevó tu abuelo Rafael, que en gloria esté, desde Facinas hasta El Almarchal...

Seguro que esas lluvias recientes habían verdeado también los últimos días de mi abuela, aunque no sé para qué. Muchas veces pensamos que los viejos mueren con más resignación porque ya han vivido lo suficiente; sin embargo, nadie piensa en que cuanto mayores y más profundas son las raíces de un árbol, tanto más difícil y doloroso es arrancarlas del lugar donde han estado ubicadas tanto tiempo. Claro que hay hechos que permiten una visión más pesimista: la carencia

de la fuerza física, que nos impide ciertos actos deseados, o todavía más decisiva, la pérdida de seres queridos, que van quedándose en el camino sin previo aviso y sin explicaciones.

Intenté recordar a mi abuela cuando era más joven pero no podía. Para mí siempre había sido igual: tan delgada y pequeñita que parecía de cristal, con su pelo eternamente blanco y su sonrisa plena al recibir a cualquiera de sus nietos. Parecía mentira que tuviera tantos años de trabajo a sus espaldas, tantas cicatrices, tantos hijos criados -“los que Dios me dio pero que seca me dejaron”-, tantas horas de sol a sol.

“...Allá que me iba yo cargaita hasta arriba por aquel camino tan perro y tan malo. ¡Y lo lejos que estaba la casa del campo! Una vez que me caí y nadie pasaba por allí, lo mal que lo pasé. Tu abuelo, como andaba de recovo con el caballo de un lao pa otro, que sí la Trocha, la Cañá Jara, ¡sabe Dios! Tuve que arrastrar yo sola, con la pierna chorreando sangre. Menos mal que tu tío Paco, que todavía era un crío, llegó pronto del cerrao y me la curó. ¡El pobre! Como era el único varón estaba toito el día pa arriba y pa abajo. ¡Qué maldición de Dios tantas hembras y un solo varón! Porque, digo yo, ¿qué es una mujer sola sin un hombre en la casa? Un hombre es más importante de lo que parece. Y si no, mírame aquí, yo solita, sin un hombre que me proteja, o por lo menos que me haga compañía, ¡valiente desgracia! Si por lo menos estuviera aquí tu abuelo, sería otra cosa. Pero sola, ¿a dónde va una sola? Yo no sé Dios pa qué se lo quiso llevar sin llevarme a mí también con él...”

Llegados a ese punto mi abuela siempre sacaba el pañuelo que llevaba en el bolsillo del mandil y se secaba las lágrimas. Yo entonces no sabía qué hacer y miraba al techo, callado, consciente de que no podía hacer nada para traerle a mi abuelo.

Tengo que correr la cortinilla de la ventana del autobús porque el sol está ya pegando con fuerza. Es un día impropio para el invierno y el campo brilla con ganas. Recuerdo los inviernos tuviera que ir, que era yo la admiración de to las mujeres que allí se juntaban. Además, ellas allí hablando mal de aquella y de la otra, y yo, mientras, apartá, hincá sobre la ropa y a lo mío, sin mirarlas siquiera.

Y si era por mi padre era yo capaz de cualquier cosa. Pero es que mi padre era nones, no había otro como él. Allí tos le buscaban cuando les hacía falta algo; y mi padre no le ponía mala cara a ninguno, siempre con aquel modito tan bueno que él tenía. Nicolás, que me hace falta una vara fina y larga, allí que iba él y se la cortaba y se la preparaba; Nicolás, ¿no tendrás por ahí unas cuantas tablas anchas y fuertes pa hacer una angarilla pa mi huerto?, sí, hombre, entra allí en el cobertizo, que tengo algunas guardás que seguro que te servirán, coge las que te hagan falta, y siempre con aquella sonrisa, con aquellas maneras tan curiosas... Y eso sí, cuando no estaba trabajando, siempre en la casa, porque él no era hombre de taberna ni de pependencias...

El autobús se desvía hacia la derecha y, levantando una nube de polvo en el arcén terrizo, aminora la velocidad y aparca junto a una venta. “Venta Malías. Hay tostadas”. Las puertas se abren con un golpe seco y algunos pasajeros surgen de entre el sueño. Se restriegan los ojos y arrugan la frente al recibir una descarga de sol mañanero. La voz marcial del chófer -“¡diez minutos!”- termina de despertar a los más remolones. Mgunos desfilan torpes por el pasillo, desperezándose o vacilando ante los escalones tan altos.

Una hilera de tazas blancas espera a los viajeros sobre la barra del bar, cada una con su cucharilla y su bolsa de azúcar. Es un ejército de gala que al rato ha roto filas atacado por una

ofensiva de tostadas, cruasanes y sobaos. Pronto el local es una babel de charloteos ruidosos, rugidos de la máquina del café, consignas gritadas a cocina -“uno corto, dos manchaos y otro solo!”- y la música aborrecible de la máquina de la esquina en la que aquel señor no deja de echar monedas.

El milagro del desayuno ha terminado. Ya hace veinte minutos que las puertas del autobús se abrieron y el conductor todavía engulle, acodado sobre la barra, su tostada con aceite. Algunos permanecemos todavía al sol, un ratito más, para desentumecer las piernas, que ya tendremos tiempo de estar sentados mientras esta máquina enorme nos conduce a nuestro destino.

“...Entonces sí que era una aventura meterse por esos caminos de Dios. Y no te puedes figurar cómo se ponían cada vez que llovía. Cuando alguien se ponía malo y había que mandar a llamar a un médico, la mitad de las veces, cuando el médico llegaba, o el enfermo ya se había muerto o ya no tenía solución. Y eso si es que llegaba... Me estoy acordando de mi hermano Manolín, que cogió la tuberculosis y mi padre, desesperado porque no venía ningún médico, lo puso en un carro, liao en una manta y se lo llevó pa Cádiz. ¿Tú te los imaginas? Y a mitad del camino mi hermano va y se muere. Lo que mi padre pasó, eso solamente él lo sabe. Se dio media vuelta y llegó a El Almarchal con mi hermano muerto en el carro y sequito de tanto haber llorado. ¡Ni una lágrima le quedaba! Tanto fue que no lo vi llorar más en la vida. Y mira que habremos pasado desgracias... ¡Lo que no está escrito! Porque, digan lo que digan, lo que nos pasaba a los pobres no les pasaba a los ricos. ¡Cómo iba a ser lo mismo!”

El paisaje se hace cada vez más familiar. Dentro de poco pasaremos por entre las tierras que mi abuelo, y antes mi bisabuelo, y antes el abuelo de mi abuelo, recorrían, a veces a caballo, y a veces a pie, para ganarse el pan, que a veces no era sino pan duro, agreste como la propia tierra que pisaban. Pero dejémonos de tonterías, cómo va a ser ésta la misma tierra que ellos pisaron. Donde había una laguna hay ahora una enorme extensión de cultivos de regadío, donde había un hombre sudoroso y encorvado sobre un surco en la tierra se aprecia sin duda la huella de un tractor, y la carretera con arceños por donde rueda veloz -quizá demasiado- este autobús de línea fue un día triste lodazal para un hombre con su hijo muerto metido en un carro.

Mi vecina de asiento despierta y amaga un desperezo. Sin mirarme, ni mirar por la ventanilla -se trata tan sólo, quizá, del mismo paisaje de cada domingo-, saca de su bolso una revista y comienza a hojearla. Tiene melena rubia y clónica y sus gafas de sol me impiden distinguir el color de sus ojos. Si puedo ver sus manos finas y cuidadas repletas de anillos dorados. Me traen a la memoria, inevitablemente, las grietas labradas en esas otras manos que ya no volverán a sacudir mis mejillas con alegría mal contenida.

“...Me acuerdo yo de una vez que me mandó mi madre al huerto que tenía mi padre allí alante, cerca de La Zarzuela, a por dos capazos de tomates. Y yo que me voy al huerto y me pongo a recoger tomates, pero no cualquier tomate... Yo escogía los mejores, los más gordos y lustrosos, to por darle una alegría a mi madre, porque pa mi la palabra de mi madre era sagrá. Y cuando venía de vuelta, que aquello estaba bien lejos, y al pasar por delante del cortijo de los Ocaña, que eran gente de dinero y sobre to de señorío, salió la señora, doña Margarita se llamaba, tan recta ella siempre, con aquella cosita y aquel modito que ella tenía, y al verme con aquellos capazos tan llenitos, que iba casi derrengá, le hizo tanta gracia que me paró y, al ver aquellos tomates tan coloraos, me compró la mita. Yo lo primero que pensé era lo contenta que se iba a poné mi madre cuando viera el dinero, pero luego lo pensé y me volví pal huerto y llené el capazo que ya tenía vacío. Cuando mi madre

me vio, con los tomates y con el dinero, no sabía qué decirme. Más de una semana estuvo poniéndome de ejemplo delante de mis hermanas. ¡Ay, y que yo me acuerde de eso como si hubiera pasado ayer mismo y no me acuerde de lo que he hecho hace una hora!”

A veces mi abuela, sentada sobre la mecedora, se quedaba con la mirada perdida, la cabeza recostada sobre el paño de croché que coronaba el respaldo. Cuando esto sucedía al atardecer, su figura me llegaba recortada por el contraluz de la ventana del patio. La habitación iba quedando en penumbra paulatinamente y la ventana se convertía en el único punto de referencia, con aquellos racimos de gitanillas colgando de la pared de enfrente y que quizá perduren en mi memoria más tiempo que cualquier otro gesto suyo.

A mi abuela le gustaba demorar el momento de encender la luz, y era entonces cuando, amparados por la oscuridad, afloraban los recuerdos más dramáticos.

“...Cuando a mi hermano Antonio lo mandaron al frente... no lloré yo ni ná. Ya vez tú, éramos uña y carne, y de pronto tener que irse tan lejos, y a una guerra, porque lo mandaron al norte, qué sé yo a donde. El caso es que se tuvo que ir, y la casa parecía que estaba de luto, no había manera de consolar a mi madre. Qué sé yo el tiempo que estuvimos sin tener noticias de él. Yo no sé pa qué habrá guerras, na más que pa hacer la puñeta. Un día estaba mi padre arreglando un alambra allí enfrente de la casa, pero un poco retirao. Yo estaba barriendo la puerta de la casa, y mi madre, que iba a salir en ese momento, se paró de golpe y se puso blanca. Yo entonces miré hacia donde estaba mi padre y lo vi hablando con el sargento de la Guardia Civil. Mi padre hundió la cabeza y el sargento le dio un palmá en el hombro. Entonces mi madre soltó un quejío y se lió a llorar como una loca. Yo no entendía qué pasaba y na más que hacía preguntarle a mi madre, qué pasa, y mi madre me agarró y me abrazó, y empezó a gritar: que nos lo han matao, que nos lo han matao...”

El autobús entró en la estación con un giro brusco. Allí, en el andén 3, estaba mi tío, apoyado sobre una columna. Cuando bajé, me puso una mano paternal sobre el hombro y me dijo unas palabras que ya no recuerdo. Mientras me llevaba en su coche hasta el tanatorio del hospital me iba contando los detalles de la enfermedad. Yo le escuchaba como de lejos y dejaba escapar mi vista hacia la bahía, etrañamente serena.

En cuanto el coche paró, a escasos metros de la puerta, y vi a toda aquella gente, tome conciencia de que hasta aquel momento me había limitado a ser conducido: la llamada, el autobús, ahora el coche... Me había dejado llevar acompañado sólo del diálogo callado entre mi memoria y yo, envuelto en esa modorra agradable que nos protege en los viajes que emprendemos de madrugada y que no son sino prolongaciones del sueño inacabado que se rompen inoportunamente al llegar al punto de destino. Ahora tendría que bajar, acercarme caminando mientras me observan desde la entrada, recibir el pésame de personas que casi no conozco y, lo peor de todo, tomar una actitud, actuar.

Afortunadamente, antes de que llegara a la puerta salieron a recibirme mis primos. Sin cruzar palabras nos abrazamos con emoción sincera. Recuerdo especialmente los ojos llorosos de mi primo Nicolás, incapaz de decir nada. Y luego vi a mi padre. Por primera vez en mi vida le vi desvalido, desamparado. Me estrechó fuertemente entre sus brazos y me dijo unas palabras que no acerté a descifrar, pero sí vi un par de lágrimas que no pudo contener. Jamás había visto llorar a mi padre.

Extendió la mano hacia una pared de cristal y me hizo un gesto con la cabeza para que me acercara. Al otro lado, sobre la caja abierta, yacía el cuerpo de mi abuela. Me pareció como encogido, más pequeño de lo que recordaba. Mi madre me tomó del brazo y me llevó suavemente hacia una de las sillas marrones adosadas a la pared de azulejos blancos.

Unas horas después, mientras unos hombres introducían el ataúd en un nicho vacío, yo miraba el amplio valle que se extendía a los pies del cementerio y que de pequeño me parecía aún más interminable. Casi no oía los rezos del cura, que me llegaban como una retahíla monótona.

Lo que no se me olvidará nunca es aquella vez que vino el obispo. Yo era una cría, ya ves tú. Pero doña Margarita Ocaña se encargó de aleccionarnos bien. Estuvimos ensayando una temporá, porque aquello iba a ser lo más grande que nos habría pasao nunca. Y cuando llegó el obispo y nos vio a tos los niños en fila, cada uno con su mejor ropa, con flores en las manos y cantando las canciones que doña Margarita nos había enseñao... Vamos, el obispo es que se quedó cuajao. Después, cuando felicitó a los Ocaña, les dijo que cómo se iba él a imaginar que allí, en aquella cortijá perdía del resto del mundo, iba a tener un recibimiento como aquel. ¡Y a nosotros hasta nos dejaron verlos comer!

El sol abrillanta la cal de los nichos y resta dramatismo al momento. Poco a poco el camposanto se va quedando vacío.

- No parece un día de invierno. A tu abuela le hubiera gustado -comenta mi padre mientras me pone una mano sobre el hombro.

Antes de abandonar el pueblo pasamos por la casa de mi abuela. Mi padre quiere dejar algunas cosas en orden, pero yo prefiero quedarme en el coche, la cabeza apoyada sobre el frío cristal de la ventanilla. Sé que no volveré a esta casa y prefiero guardar en la memoria la imagen de aquellas gitanillas del patio acompañadas del suave balanceo de la mecedora en la oscuridad.